

Vibra de nuevo el matador acero,
 Desata el huracán de la metralla,
 Fulmina fiero de la muerte el rayo,
 Y la sangre del campo de batalla
 La seque aun otra vez la esplendorosa
 Lumbre de gloria de tu sol de Mayo!

MANUEL ACUÑA.¹

LA VIDA DEL CAMPO.

Beatus ille qui procul negotiis....
 HORACIO.

Yo no sé si el señor Horacio Flaco
 Fué quien se alzó el primero,
 Echando noramala la cultura
 Y hablando de la dicha y la ventura
 Que se goza viviendo á lo rancharo.
 Yo no sé si el buen vate poseía
 Quinta ó hacienda, ó lo que allá se estile,
 Ni si viviendo en ella se hallaría
 Cuando dió en escribir su *Beatus ille*.
 Pero el hecho y el caso
 Es que desde él á Rosas,
 Sin contar á Fray Luis y á Garcilaso,
 No hay poeta que no hable á cada paso
 De la vida del campo y de sus cosas;
 Y tanto de magnífico y de bueno
 Nos dicen de esa vida,
 Y tanto nos repiten *la escondida*
Senda y la fruta del cercado ajeno,
 Que ganas dan de veras
 De comprar unas buenas chaparreras,
 De abandonar el fieltro por el ancho,
 El bastón por la reata,

¹ Nacido en el Saltillo (Coahuila) el 27 de Agosto de 1849. Muerto en México el 6 de Diciembre de 1873.

Y adiós diciendo á la ciudad ingrata,
A caballo ó á pie lanzarse á un rancho.

Y como esos señores
Saben decirlo y presentarlo todo
Con ese *memodeodo*
Exclusivo á los buenos escritores,
De aquí resulta en consecuencia clara
Que ante cuadros tan bellos y felices,
Más de cuatro lectores
Se quedan con un palmo de narices
Y soñando en rediles y pastores.

De estos cuatro entusiastas, el que menos
Es seguro que exclama:
"¡Oh! ¡la vida del campo! ¡Cuán hermoso
Habrá de ser en la abrasada siesta
Gozar de la frescura y del reposo,
Cabe la margen del riachuelo undoso
Que corre serpenteando en la floresta!"
O bien si se halla cerca la señora
Con la que piensa dar en el *busillis*,
Y que tiene por fuerza que ser Filis,
Desde el momento en que éntre á labradora,
Le dirá: "Por la tarde, Filis mía,
Nos iremos al monte, y desde el monte
Verás cuán grato es al morir el día
El cuadro que presenta el horizonte."
Y esto, que ciertamente
Es de grande y poética belleza,
Le parece al *señor* tan convincente,
Que, sin andarse en *chicas*
Ni pensarlo primero,
Se mete de ranchero, en la confianza
De que el dolor no puede ser ranchero.

¡Ah! ¡si yo refiriera una por una
Las víctimas que debe
Este error, que en el siglo diez y nueve
Va haciéndose tan raro por fortuna!
Sin caminar más lejos,
Yo que conmigo aun no me reconcilio
Por haberme buscado esa desgracia,
Yo soy el más completo verbi-gracia
De un mártir de su amor por el idilio.

Dióme hace tiempo ya por la manía
De leer y releer cuanto á mis manos
Sobre la vida pastoril caía,
Y tanto dí en pensar de noche y día
Sobre los bienes rústicos y urbanos,
Que convencido al fin de que la corte
Sólo es del mal y del dolor la senda,
Exclamé: ¡que el demonio te soporte.....!
Y después de pedir mi pasaporte,
Me puse en dirección para una hacienda.

Aun no asomaba el rubicundo Febo
Poniendo al universo como nuevo,
Y el saltador y alegre jilguerillo
Aun no alzaba su canto entre las breñas,
Cuando yo y mi tordillo,
Un animal muy bruto por más señas,
Atravesando cerros y asustando
Aquí á un conejo y más allá á una liebre,
Íbamos ya en vereda y caminando
Yo en busca de un hogar y él de un pesebre.

Después de una hora larga
De correr y correr á la ventura,
A despecho y pesar de mi andadura
Que protestaba ya contra la carga

Más que pesada, dura,
 Y más que dura y que pesada, amarga,
 Pues era nada menos mi amargura;
 Después de una hora impía
 De correr y de andar inútilmente,
 Sin poder distinguir ni aun vagamente
 Las señales de alguna ranchería,
 Dimos por fin con una
 Donde cansados ya de correr tanto,
 Mi animal se alzó y dijo: *¡qué fortuna!*
 Y yo me bajé y dije: *¡aquí me planto!*

Hacerlo, y que tres perros
 Se me echaran encima, fué todo uno;
 Pero á la voz de alarma,
 Salieron de la choza unos pastores,
 Y cogiendo unas piedras, que son arma
 De que se valen siempre esos señores,
 A su sola presencia fué acabando
 Del canino furor hasta el residuo,
 Y yo pude por fin en eco blando
 Cantar la instalación de mi individuo.

—¡Oh habitantes felices
 De esta comarca rústica y tranquila.....—
 Les dije yo tan luego
 Como á los canes ví en lugar seguro.
 —Yo vengo aquí tras del feliz sosiego
 Que en la alma del labriego
 Derrama este aire embalsamado y puro,
 Cansado de la vida
 Que se lleva en la corte aborrecida;
 Yo vengo con el mal que me destroza
 Y que gimiendo mi zampoña exhala,
 A que me deis un sitio en vuestra choza,
 Media torta de pan..... y una zagala.—

Así fué, sobre poco más ó menos,
 El pequeño y tristísimo discurso
 Que improvisé al mirarme entre el concurso
 De aquellos hombres rústicos y buenos;
 Y media hora después, una pastora,
 No Flérída ni Arminda,
 Pero, eso sí, tan linda
 Que casi era una chica encantadora,
 Se presentó á mi vista completando
 Con un trozo de pan que me traía
 Las tres cosas aquellas,
 Y haciéndome gozar con todas ellas,
 De modo que yo dije: *¡aquí es la mía!*
 Nunca lo hubiera dicho,
 Ó, por mejor decir, no lo hubiera hecho,
 Pues apenas siente ella sobre su hombro
 Un beso que le dí en mi desvarío,
 Cuando con triste asombro,
 Cayó de mi ilusión sobre el escombros
 Un bofetón de Dios y Señor mío.....

Después de que comí aquel pan amargo,
 Pan que hizo más amargo este detalle,
 De mi fe y mis creencias en descargo
 Pronuncié suspirando un *sin embargo*,
 Y me puse en camino para el valle.....
 Allí, pensaba yo mientras seguía
 El mejor y más cómodo sendero,
 Allí bajo de un olmo
 Encontraré un consuelo en mi tristeza,
 Ya que ruín aldeana
 A mi pena y dolor ha puesto colmo.
 Bajo sus verdes y brillantes hojas
 Iré á llorar la pena que me mata;
 Y si la muy ingrata

Va á reirse aun allí de mis congojas,
 Pues que en mi tierno y ardoroso ahinco
 Ni una sonrisa de su amor merezco,
 O le hago comprender lo que padezco,
 O le hago comprender *cuántas son cinco!*

Pero, señor, en el bendito valle,
 Como en alma de un bardo de veinte años,
 Todo estaba tan seco y tan marchito
 Como ella á los primeros desengaños:
 Los árboles sin ramas y sin hojas,
 La yerba macilenta y amarilla,
 Y en medio de este cuadro y á lo lejos,
 Un arroyo estancado, á cuya orilla
 Rumiaban con afán dos toros viejos.
 Ante tal panorama,
 Yo que soñaba coronar mi frente
 Con las flores cogidas á una rama
 De las verdes y muchas de la fuente;
 Yo que soñaba en recrear mi oído
 Con la canción dulcísima y sabrosa
 Del tordo filarmónico escondido
 Entre las ramas de la selva umbrosa,
 Me senté sobre el tronco de un encino,
 Y me puse á llorar con tantas ganas,
 Que los cielos al verme y al oirme
 Llorar con un dolor tan verdadero,
 Empezaron también recio y de firme
 A gemir y á llorar un aguacero.

¡Ay! cómo, y cómo entonces
 Extrañé los *simones* de la plaza,
 Y cómo fué aquel líquido elemento
 Que entraba hasta mis huesos poco á poco,
 El mejor y más sólido argumento
 Para obligarme á ver que estaba loco.

Cuando llegué á la choza, las estrellas
 Brillaban ya en el éter indeciso,
 Y en derredor del fuego
 Que alumbraba muy poco ciertamente,
 Me hallé con que á la ley de un uso añejo,
 Mas para ellos bueno y necesario,
 Bajo la voz de un viejo un poco viejo,
 Rezaban todos juntos el rosario.
 Esto sí no es conmigo,
 Me dije yo al primer *Santa María*,
 Viendo que no era aquella la más propia
 Ocasión de salvarme del infierno;
 Y encontrando en la fe que mi alma acopia,
 Que aquella copia era muy mala copia
 Para darle el valor de un Padre Eterno;
 Y como el sueño, gente que no reza,
 Me estaba ya doblando la cabeza
 Y yo empezaba ya á sentir en mi alma
 Sus primeras y dulces vaguedades,
 Me decidí á dormir en santa calma
 Para acabar con tantas necesidades.....

—El sueño, por lo menos,
 Me hará gozar de la ilusión que ansío—
 Pensaba yo temblando
 Y estremecido todo por el frío!
 —Y como ellos me han puesto en este brete
 Que peor no puede ser según barrunto,
 Evocaré á Fray Luis y á Navarrete
 Y les diré lo que hay sobre el asunto.....!

Y me dormí..... pero una santa gota
 Que, cayendo del techo
 Con una precisión constante y rara,
 Bajaba desde el techo hasta la cara

Para seguir después por todo el pecho,
 Me obligó á despertar en el instante
 En que soñaba yo, lleno de galas,
 Bailar bajo la luz de un sol brillante
 Entre un grupo magnífico y radiante
 De blancas y bellísimas zagalas.

¡Ah! y lo que roncan esas buenas gentes
 Que á los más fuertes árboles destroncan,
 Y que hacen tanto ruido con los dientes
 Que parece mentira lo que roncan!
 Nunca me hubiera yo ni sospechado
 Ver por aquellos mundos,
 Reunidos y durmiendo lado á lado
 Tantos *bajos profundos*.....
 Así es que hallando aquello peor que el rezo,
 Pues era una calumnia contra el arte,
 Le dí gracias á Dios, y sin tardanza
Me largué con la música á otra parte.

Metido en un trigal y decidido
 A terminar con él, lo que era fácil
 No estando muy crecido,
 Me encontré al animal de mi caballo
 Tan dado y atareado en su faena,
 Que á no ser por un medio
 Muy usado y común entre animales,
 Probablemente no hallo otro remedio
 De sacarlo de aquellos andurriales.

Y aun no asomaba iluminando al mundo
 La dulce claridad del rubicundo,
 Y la pastora aquélla
 Aun no se alzaba á ver la última estrella,
 Cuando cansado ya de ser tan loco

Y de soñar en lo que ya no pasa,
 Rompí de mi ilusión las dulces redes
 Y me volví á la corte y á mi casa,
 Donde estoy á las órdenes de ustedes.

AGUSTIN F. CUENCA.¹

A GOROSTIZA.

Suele en peñón de basalto
Tener la águila su nido,
Y tenerlo suspendido
Siempre del risco más alto.

Así, la corona el sol
Con su primera corona,
Y cuando el sol se destrona
Pinta en ella su arrebol.

Así, tras de aquella cuna
La tempestad resplandece,
Y después, allí parece
Un beso de amor la luna.

¡Suprema ley de belleza
Si esconde en hermoso nido
Lo que grande siempre ha sido
En la gran naturaleza!

Del tiempo la luz matiza
Mi memoria al recordar,
Y encuentro á orillas del mar
La cuna de GOROSTIZA;

Donde en la arenosa falda
Del suelo veracruzano,
Rompe el Golfo mexicano
Sus cristales de esmeralda.

1. Nacido en México. Muerto después de 1880.

Nació allí en cuna de armiño,
Y pudieron arrullar
Las tempestades del mar
Las tempestades del niño;

Que el Golfo en rudas tareas,
Del rayo al fuego instantáneo,
Del niño arrulló en el cráneo
Una borrasca de ideas;

E hizo entonces la ocasión
Un majestuoso dualismo:
Junto á un abismo otro abismo,
Junto á un mar un corazón.

Creció el niño, de un renombre
Buscando el laurel glorioso,
Y creció casi giboso
De pensar tanto en el hombre:

Y en los humanos vaivenes,
Sobre la sima inclinado,
Llegó á ser el corcovado
Que hasta el sol irguió las sienas.

Con gloriosa fantasía
El histórico pincel
De espuma orlado un bajel
Pinta en una mar bravía.

Entre las olas del viento
Batidas con fiera saña,
El bajel navega á España
Y en él va un rey del talento.

Crespadas rugen las olas,
Revueltas vienen y van,
Y al fin, con el bajel dan
En las costas españolas.

A tierra salta el viajero,
Y al presentir los cantares
De su lira, el Manzanares
Va corriendo más ligero.

Y entre festones de flores
Sus remansos desmayados
Están ya tornasolados
Por gloriosos resplandores;

Que el viajero por misión
Lleva al hispano confín
Ser rival de Moratín,
Ser de Scribe inspiración.

La fe dícele: camina!
Dícele el temor: detente!
Clama á la esperanza, y siente
Que la duda le asesina.

Y aliento á su pecho sobra,
Y aliento á su pecho falta,
Si la duda no le asalta,
O si su imperio recobra.

Aire! su entusiasmo grita
En pos de gloriosas galas,
Y encuentra al tender las alas
El aire que necesita.

El dudar antes rehacio,
Muere entonces, y parece
Como que el espacio crece
Y hay más aire en el espacio.

Suena un arpa, y en concierto
Se alzan melodiosas claves
Como una ráfaga de aves
Cruzando un florido huerto.

Suena la indecisa nota
De apasionada sonrisa,
Y también suena indecisa
La que de un sollozo brota.

Vibran cadencias que son
Para los labios encesos,
El idilio de dos besos
Moribundos de pasión.

Tiene el placer su armonía
En tan misterioso canto;
El dolor tiene su llanto
Y sus risas la ironía.

Vierte excelsas vibraciones
La arpa en su emoción extrema,
Y un himno añade al poema
De las humanas pasiones;

Y brotan entonces palmas
Que dan sombra al arpa de oro;
Porque el himno, tan sonoro
Vibra y tan puro en las almas,

Alcanzando á conmoverlas,
Como cree la fantasía
Que en un cristal sonaría
Una cascada de perlas.

Ve entonces el sol hispano
Un rayo más en el sol
De la gloria; un arreból
De nuestro sol mexicano;

Y es trofeo de victoria
Cada palma en los palmares;
Cada onda del Manzanares
Es un murmullo de gloria.

Así el hombre inmortaliza
La omnipotencia del hombre,
Y tiene el Genio otro nombre
En la tierra: GOROSTIZA.

¡Bardo que sobre tus sienes
Pusiste el laurel del arte,
También fué otro tu estandarte
Y otro laurel también tienes!

Tu fuiste en heroica lid,
Rayo de la tempestad
Que inflamó la libertad
En el Parque de Madrid;

Y cuando al nativo suelo
Enderezaste tu paso,
Tu estrella de héroe su ocaso
Borró sobre el patrio cielo.

Del Norte la ambición fiera
Que á la patria profanó,
Tinta en sangre enarboló
Conquistadora bandera;

Y en la pelea estruendosa
Tu diestra blandió la espada
Contra Murat fulminada,
Y en Churubusco gloriosa.

En el convento humeante
Nadie resistirte pudo,
Y tu pecho sin escudo
Fué tu escudo de diamante.

¡Qué aterrador el arreo
De las contrarias legiones!
¡Qué furor de los cañones
En el rudo cañoneo!

¡Cómo sangraban las frentes
Sobre las rotas murallas!
¡Qué desborde de metrallas
Sobre un montón de valientes!

Tú eras de ellos, y luchaste
Encorvado, pero erguido,
Y al verte casi rendido,
Mas luchando, así exclamaste:

“¡En la patria mi fe estriba
Contra invasores abyectos;
Han sentado mis defectos;
Pero no han visto mi jiba. . . .!”

¡Bardo y guerrero! tú tienes
Por blasón, frente á tu historia,
Todo el cielo de la gloria
Recogiéndose en tus sienes!

Bardo y guerrero, al luchar
Moviste al destino guerra,
Y fatigaste á la tierra
Con tu eterno batallar.

Hiciste que palpitante,
Llena de tus resplandores,
Tuviese un manto de flores
Bajo tus pasos de Atlante;

Y uno fueron sus verjeles,
Y por sombra en el verjel
Cada flor tuvo un laurel
De tus divinos laureles.

Brilló una hermosa aureola
Sobre tu frente inspirada,
Con haces de oro formada
Sobre la escena española.

Como un rumor infinito
Tus victorias se extendieron,
Y un eco triunfal volvieron
Nuestros montes de granito.

En nuestro golfo volcaron
Con estruendos inmortales
Aquellos mismos cristales
Que tu cuna columpiaron.

Y en tu carrera triunfal
Viste, en torno de tu fama,
El esplendor que derrama
Una cabeza inmortal.

.... Águila del pensamiento!
Si mi arpa calla, la abona
Sentir que es una corona
La admiración que yo siento.

POETAS VIVOS.